



El 10-M

Para todos los profesionales y voluntarios que desarrollamos nuestra actividad en Samur Protección Civil, la aparición de una gran catástrofe constituye un evento nunca deseado, pero muchas veces preparado.

Durante los trece años de existencia de Samur, hemos asistido a accidentes de tráfico con múltiples víctimas, atentados terroristas, derrumbes y otras situaciones en las que el servicio se ha enfrentado a escenarios donde existía una inicial desproporción entre los recursos y las necesidades.

Estuvimos también en catástrofes naturales en otros países donde mantuvimos equipos trabajando durante períodos de tiempo no demasiado largos.

Se adquirieron los medios necesarios para enfrentarse a situaciones extraordinarias: puestos médicos avanzados, vehículos pesados que soportaban un apoyo logístico, farmacia móvil, centro integral de coordinación, etc. Dotaciones de medios que para muchos, incluido un sector de nuestro servicio, parecían exageradas aún para una ciudad tan poblada como Madrid.

Incluso habíamos preparado ambiciosos simulacros en los que se atendían sucesos con un centenar de víctimas y en las que nos implicábamos del orden de 500 intervinientes entre cuerpos sanitarios, personal de rescate, servicios de seguridad y otros.

Desarrollamos procedimientos de actuación ante múltiples víctimas e incluso un Plan Municipal de Emergencias, plan que sólo había sido aplicado en los citados macrosimulacros. Esos procedimientos se fueron gestando a lo largo de todas esas experiencias en las que se atendían, como mucho, a 20, 30 ó 70 víctimas de diversa consideración. En cada una de las experiencias se objetivaban una serie de deficiencias operativas y asistenciales que iban puliendo el protocolo.

Pero nunca nos habíamos enfrentado a una catástrofe en todo el sentido de la palabra, ni estábamos seguros de la respuesta que podíamos dar ante un número grande de víctimas en un corto período de tiempo. Desconocíamos, además, cuál sería la utilidad real de todo ese conjunto de experiencias, medios y simulacros en un verdadero entorno de caos y desbordamiento.

Desgraciadamente, en un día como otro cualquiera, llegó

ese cruel suceso en una extremada presentación. Una brutal prueba que concentraba los adjetivos de inesperada, desproporcionada, peligrosa y compleja. Pues nunca antes se había asistido en nuestro medio a una situación que congregara cuatro catástrofes simultáneas de un número tan elevado de víctimas.

Si uno atiende a los análisis externos al servicio (prensa, compañeros de hospital, entidades sociales y políticas, etc.) que se han realizado a lo largo de este último mes, el resultado final parece que fue bueno.

¿Y lo fue también desde el punto de vista del profesional de la emergencia?

Desde mi punto de vista (estuve en Atocha desde el inicio e intenté coordinar el tiempo de la catástrofe en esas fatídicas dos horas iniciales), creo que el resultado fue, por lo menos, positivo. Y esto creo que no es poco cuando se trata de una situación en la que se manejaron unos cien heridos críticos y otros ciento cincuenta de carácter grave en no más allá de dos horas y cuarto, repartidos en cuatro lugares tan distanciados que no permitían compartir recursos.

Bien, les pido a los lectores que acepten este último análisis a cambio de un compromiso por mi parte de autocritica y de respuesta a la siguiente pregunta:

¿Cuáles son las causas que propiciaron ese balance?

El responder a la misma es el motivo principal de estas líneas. Y lo haré intentando repasar todas aquellas circunstancias que influyeron en el curso de las primeras horas de trabajo de ese día.

– ¿Fue acaso una buena dirección la que originó esa eficacia?

No especialmente; la organización fue correcta en cada uno de los focos pero hubo problemas de coordinación en determinados momentos, lo que me impide aceptar ese factor como el determinante.

– ¿Acaso ese movimiento de solidaridad popular llevó a los cuerpos de emergencias (Samur, bomberos, cuerpos de seguridad) a desarrollar la labor con mayor entusiasmo y efectividad?

Ese movimiento fue loable, sin duda, y de una gran contribución al personal operativo en algunos de los focos. Fue

uno de los factores auxiliares de mayor peso. Pero, bajo mi criterio, no constituyó el factor principal.

– ¿Fue el gran número de unidades asistenciales de todas las instituciones el factor fundamental?

La colaboración que prestaron al Samur el resto de las instituciones constituyó un factor de importancia, dadas las necesidades de traslados desde todos los focos. Pero no olvidemos de que la mayor parte de esa ayuda vino tras la primera media hora crítica, en la que el manejo de la catástrofe es más complicado, dados los factores que se concentran en los primeros minutos: confusión, desproporción, problemas de comunicación, peligro, coordinación con servicios de rescate y seguridad, etc.

– ¿Entonces?

Entonces hay que pensar en otros factores. Resulta que en los cuatro núcleos de catástrofe, el personal de Samur manejaba términos como rescate, clasificación, roles de actuación, estabilización, puestos médicos avanzados, norias de evacuación, coordinación con hospitales, etc. Todos estos conceptos se siguieron con mayor o menor fidelidad en los cuatro focos del atentado.

Entonces es posible que esos macrosimulacros sirvieran a algo más que a un espectáculo, dado que a nadie le parecía extraño verse dentro de un gran grupo muy heterogéneo de intervinientes con los que intentaba coordinarse para realizar cualquier tarea asignada por los que asumían responsabilidades en la escena.

Se pudo comprobar que todos esos medios que parecían desproporcionados, no sólo se utilizaron, sino que incluso se quedaron cortos. El personal de Samur pedía por emisora más hospitales de campaña, farmacias móviles, vehículos de avituallamiento, chalecos antifrangmentos, canales privados de comunicaciones y otros materiales que normalmente no utilizan en su rutina diaria.

Se podía afirmar, sin ninguna duda, que nuestro personal tenía bastante asimilado un procedimiento de trabajo en estas situaciones.

Como podríamos, si no, explicar que dos técnicos asumieran y organizaran el rescate y primera clasificación de víctimas en la Estación del Pozo durante los primeros minutos.

O el hecho de que un enfermero dispusiese un polideportivo como hospital de campaña en Téllez y organizase a la población civil para atender a los pacientes hasta que fueran llegando más unidades.

O el hecho de que en Atocha los equipos de Soporte Vital Avanzado se separaran automáticamente. Así, pude ver cómo técnicos de emergencias manejaban solos a pacientes ya intubados previamente por los facultativos.

Sería injusto para todo ese personal de Samur, considerar el trabajo del 11-M solamente como la lógica respuesta solidaria ante un suceso extraordinario.

Por lo expuesto y sobre todo por lo vivido, es mucho más razonable decir que el día 10 de marzo nuestro servicio presentaba un grado de preparación previa suficiente para enfrentarse a una buena parte de los problemas de este terrible suceso.

Pero no quisiera dar una impresión de que intento proyectar un mensaje triunfalista de mi servicio.

A la satisfacción de haber respondido a la sociedad (sobre todo por el hecho de estar preparados de antemano) ante una situación extraordinaria, hemos unido la responsabilidad de analizar los errores cometidos (que los hubo) así como la obligación de proponer nuevas alternativas a los desafíos que nos imponen las circunstancias actuales.

En ese sentido, pensamos que nuestra vivencia, como toda experiencia de esta índole, debe constituir un patrimonio de todos los servicios de emergencia, con el fin de que podamos analizar en cuantas reuniones, congresos o jornadas se precisen, todos aquellos aspectos que se consideren relevantes. Y ello, por un solo objetivo: seguir dando pasos en pro de la preparación, coordinación y protocolización y en contra de la peligrosa y frecuente improvisación.

E. Corral Torres

Jefe de Departamento SAMUR P. Civil